



**El** NARCOTRÁFICO,  
nuestro contexto **CULTURAL**

THE RAUSCHENBERG SESSIONS 25 (EN MONOTONO)/  
LÁPIZ, AEROSOL, ESMALTE, ACRÍLICO Y SERIGRAFÍA

Aunque parezca que se trata de un problema reciente, para varias generaciones de mexicanos —por lo menos los nacidos o formados en el norte del país—, el narcotráfico era un fenómeno cotidiano mucho antes de que se transformara, primero en gran espectáculo mediático, y después en el problema de seguridad que nuestro actual gobierno considera prioritario por encima de la pobreza, de la salud y hasta de la educación. Muchos crecimos inmersos, si

devaluaciones del peso, la inflación, el desaliento y la incertidumbre. Los valores positivos tradicionales (trabajo, estudio, ética, honradez) terminaban pulverizados día a día por la situación económica, pues veíamos cómo la mayoría de quienes se guiaban por ellos no obtenía ninguna recompensa a cambio de sus esfuerzos, y sí algo que se asemejaba a un brutal castigo por persistir en su ingenuidad: quiebra, desempleo, embargos, desalojos. Ante una realidad tan fúnebre, era lógico que la mitología heroica implícita en este tipo de películas y

**EDUARDO ANTONIO PARRA** Si quisiéramos responder a la pregunta “¿desde cuándo los mexicanos hemos vivido inmersos en la cultura derivada del narcotráfico?”, un buen ejercicio sería esforzarnos para recordar en qué año y a qué edad escuchamos el primer corrido donde el protagonista fuera un barón de la droga o, por lo menos, un traficante en pequeña escala. Quien escribe estas líneas lo tiene muy presente: fue en 1977, a los doce años de edad, durante unas vacaciones. Se trataba, por supuesto, de “Contrabando y traición”, cantado por Los Tigres del Norte, que más o menos por la misma época fue llevado al cine con Ana Luisa Peluffo en el papel de Camelia, la Texana, y Valentín Trujillo en el de Emilio Varela. Música ranchera, cine de vocación popular: desde entonces las manifestaciones culturales relacionadas con el narcotráfico conquistaban espacios que no abandonarían en el futuro.

no directamente en el negocio del trasiego de drogas, sí en sus valores, en su mitología, en su influencia social; valores, mitología e influencia que, sin obstáculos reales, se constituyeron de inmediato en el contexto cultural dominante.

“Hijos de la crisis” —pienso quienes alcanzamos la pubertad a mediados de los setenta, justo al finalizar el sexenio de Echeverría—, nuestro horizonte de vida estaba acotado por la deuda externa (eterna), las constantes

piezas musicales se impusiera —al menos en el imaginario colectivo— sobre cualquier otra oferta cultural masiva o popular.

Habría que añadir también que tanto los corridos como las películas de narcos no surgieron entre nosotros por generación espontánea, ni como una imposición de las mafias; encarnan la rama más actualizada de una tradición cultural que se remonta al siglo XIX, o incluso antes: la que a través de la narrativa o de los versos musicalizados glorifica

las hazañas de los “bandidos sociales”, convirtiéndolos en los verdaderos héroes del pueblo. Hombres que reniegan del *status quo* y se enfrentan al sistema y a sus representantes —el gobierno, los privilegiados, la policía, el ejército—, estos rebeldes siempre han despertado la admiración de las masas, sobre todo si al igual que Robin Hood reparten el botín obtenido en sus fechorías entre los más pobres. Y las expresiones artísticas nacionales nunca les han regateado su atención. Así, entre

comenzaron a multiplicarse, hasta volverse omnipresentes con el paso de los años. El uso de ciertos vehículos, como las camionetas Bronco o *pick up* en zonas residenciales urbanas; la dignificación de la vestimenta típica nortea —botas de piel exótica, texana, camisa a cuadros, pantalón de mezclilla, cinturón pitado—, que de pronto se utilizaba en eventos “formales” o en situaciones solemnes (hasta el ex presidente Fox, al vestir traje y calzar botas, se alineaba en el estilo de los narcos,

que le dejan sus fieles. (Un ejemplo: “Gracias, san Malverde, porque cuando iba a cruzar un cargamento al otro lado me salieron al paso los federales. Me echaron bala, y después de invocar tu nombre pude tumbar a dos y salí ileso con mi carga completa”).)

Pero las expresiones religiosas del narcotráfico no terminan en la fe hacia sus santos particulares. Como bien dicta un corrido, “los panteones son testigos” de que esta cultura está —paradójicamente— viva y cada vez penetra más la

## **Y EN CUANTO A LA DECORACIÓN, AUNQUE NO ESTÁ MUY BIEN DEFINIDA, DESDE HACE TIEMPO SE IDENTIFICA CON LO RECARGADO [ ]. QUIZÁS UNA VISITA EN MONTERREY AL RESTAURANTE EL REY DEL CABRITO PODRÍA SERVIR DE ILUSTRACIÓN.**

novelas como *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno, y *Los plateados de Tierra Caliente*, de Pedro Robles, el “Corrido de Juan Cortina”, el de Heraclio Bernal, los corridos y novelas de la Revolución y los narcocorridos y las narcopelículas contemporáneas es posible tender una línea de secuencia cultural cuyo estudio profundo podría decirnos mucho acerca de la psicología del mexicano.

Luego de escuchar por primera vez “Contrabando y traición”, de memorizar la letra y cantar y bailar el corrido sin descanso en cuanta fiesta asistí por aquellos años, las señales de que el negocio del narcotráfico arrastraba tras de sí una estela de costumbres y gustos que influían incluso en los aspectos más banales de la vida cotidiana

aunque seguro no se dio cuenta), la afición a las joyas ostentosas, etc.

Más tarde llegaron, o tan sólo se intensificaron, las expresiones religiosas: primero con la popularización del culto a Malverde y enseguida con la adoración de la Santa Muerte. Bandido-santo, Malverde encaja perfectamente con la lógica cultural arraigada en el país desde el siglo XIX, pues una de las leyendas que le sirve de soporte indica que, antes de morir y ser “canonizado” por la gente, era un salteador de caminos que saqueaba a los ricos para después repartir lo obtenido entre los menesterosos. Para comprobar hasta dónde ha calado la devoción a Malverde entre el pueblo, basta con visitar su capilla en el centro de Culiacán y echar una mirada a los ex votos

conciencia de los mexicanos. En algunas ciudades, como Culiacán, existen cementerios donde en ciertas zonas es posible identificar a qué se dedicaban en vida los moradores de las tumbas: se trata de auténticos mausoleos construidos sobre un área donde podrían levantarse varias casas pequeñas, con muros de mármol, acabados y detalles dignos de la residencia más suntuosa. Al verlos, nos hacen pensar en emperadores o semidioses de antiguos reinos, pues son muestra de que el adjetivo “faraónico” está vigente como nunca. Lo curioso es que, al dar un paseo por los andadores de esos cementerios, vemos que tales mausoleos dictan el gusto general: las criptas más reducidas, modestas, copian su estilo y tratan



de reproducir su trazo, si bien lo hacen con materiales baratos.

Lo mismo ocurre con la arquitectura: si los narcotraficantes poderosos que poseen sus residencias en colonias exclusivas adoran las columnas clásicas, las cúpulas como de iglesia, las puertas altísimas, las grandes bardas y los jardines extensos, en ciudades como Tijuana y Ciudad Juárez los constructores de casas de interés social añaden, a modo de detalle, pequeñas cúpulas en los tejados, columnas minúsculas, una bardita y un prado diminuto, para que quienes compren su vivienda a plazos puedan disfrutar de la misma tendencia arquitectónica que quienes imponen las preferencias. Y en cuanto a la decoración, aunque no está muy bien definida, desde hace tiempo

se identifica con lo recargado (no barroco, sino una amalgama más cercana a lo “posmoderno”). Quizás una visita en Monterrey al restaurante El Rey del Cabrito podría servir de ilustración.

Desde que hace 32 años quien esto escribe escuchó su primer narcocorrido, hasta hoy, las manifestaciones de la moda, del arte —popular o “culto”— y de la religión que se originan en el narcotráfico se han extendido hasta constituir gran parte del contexto sociocultural en que vivimos los mexicanos. De la música a la literatura, de la arquitectura al arte y los usos funerarios, de las costumbres al pensamiento, su omnipresencia resulta evidente, tanto o más que la de sus acciones delictivas que los periódicos reproducen día a día con lujo de detalles.

Y así como, hoy por hoy, cualquiera que lea la prensa o se mantenga informado a través de los noticieros radiofónicos o televisivos sabe con claridad quiénes son los capos de los cárteles, quiénes son sus mujeres y sus lugartenientes principales, para conocer cómo viven los narcos o cuáles son sus preferencias en cuestiones artísticas y culturales es suficiente con voltear a nuestro alrededor, abrir bien ojos y oídos y tratar de identificar, entre las manifestaciones culturales de la época, cuáles eran consideradas de mal gusto en tiempos de nuestro padres y nosotros aceptamos sin ninguna objeción, por ser propias del contexto en que nos desarrollamos. Entre ellas, muchas provienen de esta nueva cultura que llegó para permanecer 🐞